

Carta de Argentina

Los fieritas de Villa Crespo

Gustavo Valle

Abajo los *fieritas* entrenan a sus cachorros para futuros combates. Los ponen frente a frente y los azuzan hasta que ladran y sacan los colmillos y se enfurecen y esto a los fieritas los excita y les da ataques de risa. La gente del barrio dice que hay peleas de perros como a diez cuadras de aquí, en los viejos galpones abandonados de la empresa ferroviaria, pero yo nunca he visto una y a veces dudo de que esto sea cierto.

Los fieritas son pibes de unos veinte años que están todos los días en la acera de enfrente y fuman marihuana a cualquier hora. A eso de las seis de la tarde toman posiciones bajo el portal roto de la casa abandonada y junto a sus perros se sientan a gritar y decir barbaridades. Cada uno grita más fuerte que el otro. Hay risas sonoras y se oye el retumbar de los tambores de la Murga porque deben ensayar para los próximos carnavales. Tremendo escándalo.

Entre todos los fieritas de Villa Crespo destaca Sandro, pequeño pero fornido, probablemente de abuelos italianos, con los rulos rubios revueltos y la mirada desorbitada. Impone su autoridad dentro del grupo porque sabe amedrentar con la palabra pero sobre todo porque es padre de una nena y son suyos los mejores *grafitti* de la zona.

El otro día lo vi en plena acción. Con su lata de *spray* color rojo-fucsia remataba la corona de espinas de un Cristo muy rubio. Se trataba de una imagen de 2 metros por 1,50 pintada sobre el muro que está al lado de la tienda de los judíos. El *grafitto* revelaba una devoción estrambótica: Jesús, envuelto en un manto orlado, miraba con exagerada misericordia y sobre su cabeza se suspendía un corazón gigante que ardía en llamas, completamente incendiado. Sandro había pintado un autorretrato: el rostro de Cristo era idéntico al suyo. Justo allí, frente al *grafitto*, estaba una señora admirando el trabajo de Sandro. Era una vieja solitaria que veo a menudo por el barrio y que siempre luce flores negras en el ojal y en el cabello, y maquilla sus ojos con extravagante profusión. Cuando pasé a su lado me abordó y me dijo, casi al oído: «Será un poco malandra, che, pero mirá lo lindo que pinta».

Los fieritas no son malandros de verdad verdad, sino proyectos de delincuentes, muchachos de clase media baja que desean ser malos y a veces,

como por descuido, lo logran. En Buenos Aires hay muchos y cada zona tiene sus propios fieritas. Sospecho que Sandro y compañía viven en los edificios ocupados de Villa Crespo, de cuyos balcones descascarados siempre cuelgan trapos, sábanas y ropas, pero otros son de aquí al lado y viven en departamentos con sus padres y hermanos y van a casa a cenar milanesas todas las noches. Visten chaquetas de marca y calzados deportivos de colores estridentes. Lucen grandes tatuajes en sus brazos. Alguno llega hasta acá en moto o bicicleta montañera. La venta al menudeo de papeletas de marihuana da para vestirse bien y disfrutar de ciertos lujos. Además un Rotwailer o un Dogo Argentino cuesta plata. Cada cachorro alcanza los 300 pesos como mínimo.

La mujer de Sandro debe tener 18 años. Pero con el peinado de colitas parece de menos. Al salir del cole, con el uniforme y la nena en brazos parece que llevara a su hermanita. A veces los veo a los cuatro: a Sandro, a Lucía, a la nena y al Rotwailer, sentados en los peldaños de la casa abandonada esperando al resto de los fieritas. Casi no hablan entre ellos. Sandro juega con el perro, Lucía tararea una canción de moda mientras la nena tiene en su boca el chupete. De pronto Sandro gesticula, dice algo y Lucía le responde a los gritos, –¡imbécil!, le dice, –¡loca de mierda!, le contesta él. La nena empieza a llorar, no para de llorar y sigue llorando, tira al suelo el chupete y se pone a dar pataletas, le ponen de nuevo el chupete y lo vuelve a tirar hasta que los dos se hartan y comienzan a gritarle a la nena y también se gritan entre sí –¿viste boluda?, –¡estúpido! ¿qué hacés?, y el Rotwailer ladra y ladra y la gente volteá a ver lo que sucede y el portero del edificio se asoma, los coreanos del almacén los miran y se ríen, los taxistas que pasan reducen la velocidad y entonces el viento empieza a mover las hojas de los árboles anunciando las últimas lluvias en el barrio que hoy está particularmente escandaloso porque Sandro y Lucía se han vuelto a pelear.

Durante el día suele verse a los fieritas un poco más arriba, en la calle Corrientes, justo en la esquina del Banco de la Nación. Se sientan en los peldaños del viejo edificio oficial a ver pasar los colectivos. A la altura de Villa Crespo, Corrientes abandona sus grandes cafés y teatros para dar paso a los negocios típicos de barrio: colchonerías, locutorios, ferreterías y muchas tiendas de «Todo por 2 pesos». Entre el tráfico de automóviles y gentes que van y vienen de hacer trámites y diligencias, los fieritas destacan por su hieratismo. Detenidos en el tiempo y el espacio, desprecian la vida de la gente trabajadora con esa mirada irónica que sólo les está permitida a quienes imponen su autoridad y se apoderan de una zona.

Pero en realidad los fieritas no imponen ninguna autoridad. He dicho que no son delincuentes y por lo tanto ni aterrorizan ni meten miedo. Lo que

pasa es que la gente de Villa Crespo necesita figuras populares, un poco de espectáculo. Al estar en el tráfigo populoso de la calle Corrientes y el encanto mítico de Palermo Viejo, Villa Crespo queda como entre dos aguas, no se encuentra a sí mismo y algo le falta. Sufre el efecto sándwich y la identidad se le complica. Por eso los fieritas son, en el fondo, necesarios. Los chicos malos otorgan al barrio una leyenda propia. Su vida callejera y pública los hace más osados que el resto de los vecinos y se convierten en genuinos protagonistas. Además los fieritas conforman la barra brava de Atlanta, el equipo de fútbol de Villa Crespo. Y un equipo de fútbol sin barra brava no va a ninguna parte.

Ahora que el sol comienza a salir y el verano cada día se impone, los fieritas y sus cachorros ocupan las aceras en forma de improvisados solariums. Extienden sus toallas, se untan aceites bronceadores y disfrutan de un día de playa en las aceras. Mientras tanto, desde los balcones de las casas y tras las ventanas de los edificios, los vecinos observamos esta libertad con envidia inconfesable. Sabemos que la calle no es nuestra sino de ellos. Nos recogemos en nuestras habitaciones pensando en esto, pero también en el destino incierto de estos pibes, que hacen de su callejeo ruidoso, la leyenda cotidiana de este barrio.



Marlene Dietrich y su hija María